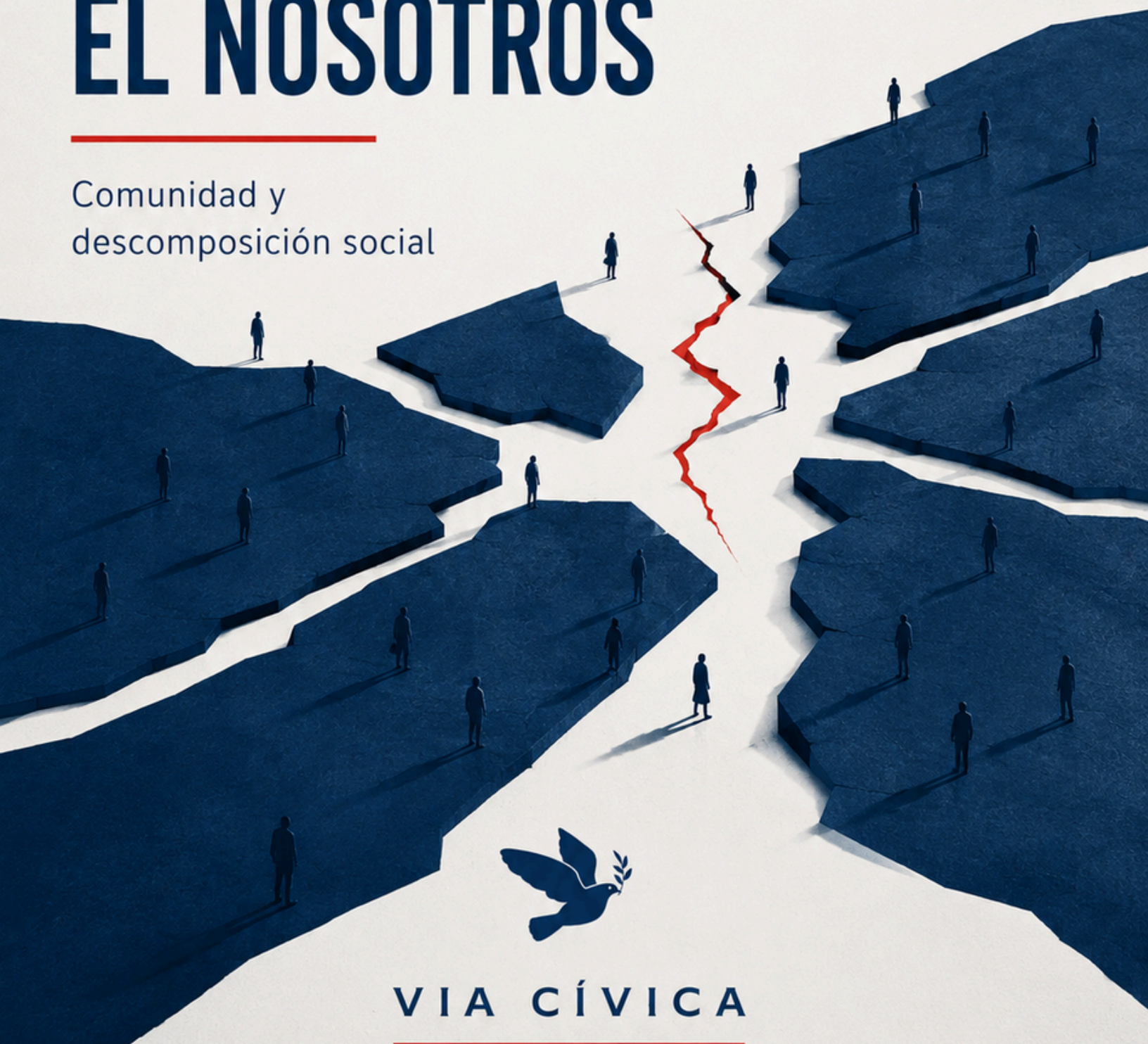


LIBRO 2

CUANDO SE ROMPE EL NOSOTROS

Comunidad y
descomposición social



VIA CÍVICA

Índice

Ningún país se sostiene solo con individuos	01
La sociedad se rompe cuando cada uno aprende a sobrevivir por su cuenta	02
La desconfianza también destruye comunidad	03
El país no puede dividirse para siempre entre “los de aquí” y “los de allá”	04
Recuperar el “nosotros” no significa pensar todos igual	05
La comunidad comienza cuando dejamos de esperar que otro haga todo	06
Para reflexionar	07
Ningún ciudadano reconstruirá Nicaragua solo	08



VÍA CÍVICA

Ningún país se sostiene solo con individuos

Una de las consecuencias menos visibles de una crisis prolongada es el deterioro de los vínculos entre las personas. Cuando un país atraviesa años de miedo, polarización, persecución, incertidumbre y dificultades económicas, la preocupación por sobrevivir puede ir desplazando lentamente la preocupación por los demás. Cada familia comienza a resolver sus propios problemas, cada persona aprende a proteger su pequeño espacio y, poco a poco, aquello que pertenece a todos empieza a sentirse como responsabilidad de nadie.

No ocurre de un día para otro. Generalmente comienza con pequeñas cosas: dejar de involucrarse en los problemas de la comunidad, desconfiar de quienes no conocemos, evitar conversaciones difíciles o asumir que ayudar a otros puede traer complicaciones. Con el tiempo, esas actitudes pueden convertirse en una forma de relacionarnos con el país y con quienes lo habitan.

Una sociedad puede llegar entonces a una situación paradójica: millones de personas comparten las mismas preocupaciones, sufren consecuencias similares y desean un futuro diferente, pero permanecen aisladas unas de otras. Saben que existen otros que piensan parecido, pero no se conocen. Comparten problemas, pero no encuentran espacios para discutirlos. Quisieran que algo

cambiara, pero esperan que alguien más dé el primer paso.

Es en ese momento cuando comienza a debilitarse algo fundamental: la idea de que, además de individuos con intereses y problemas propios, somos parte de una comunidad.

La palabra *comunidad* puede sonar abstracta o incluso sentimental. Sin embargo, se refiere a algo muy concreto. Ninguna persona vive completamente sola. Todos dependemos, de una u otra forma, de relaciones con otras personas y de instituciones que existen entre el individuo y el Estado: la familia, el barrio, la escuela, las organizaciones, las iglesias, las asociaciones profesionales, los grupos comunitarios y muchos otros espacios donde aprendemos a convivir, colaborar y asumir responsabilidades.

Cuando esos vínculos se debilitan, también se debilita la sociedad. Y cuando una sociedad se debilita, resulta más difícil enfrentar los problemas comunes y construir un futuro compartido.

Este segundo cuaderno propone detenernos en una pregunta sencilla, pero importante:

¿Qué ocurre cuando dejamos de sentir que formamos parte de un “nosotros”?

La respuesta importa porque Nicaragua no podrá reconstruirse únicamente mediante nuevas leyes o nuevas autoridades. También necesitará recuperar la capacidad de sus ciudadanos

para encontrarse, confiar, colaborar y reconocer que el futuro del país es una tarea que, aunque no todos asumiremos de la misma manera, necesariamente tendremos que compartir.

1. La sociedad se rompe cuando cada uno aprende a sobrevivir por su cuenta

En tiempos difíciles, concentrarse en los propios problemas es una reacción comprensible. Una familia que enfrenta dificultades económicas tiene que pensar primero en cómo sostenerse. Quien ha sufrido persecución tiene razones para protegerse. Quien vive en el exilio debe resolver cómo adaptarse a otro país y, al mismo tiempo, mantener vínculos con quienes dejó atrás. Quienes permanecen en Nicaragua enfrentan sus propias limitaciones y riesgos.

El problema no está en atender esas responsabilidades. El problema aparece cuando una crisis prolongada hace que la supervivencia individual se convierta en la única forma posible de entender la vida.

En esas circunstancias, los problemas comunes comienzan a perder importancia. La persona puede pensar: *“Ya tengo suficiente con lo mío”*. Es una frase comprensible, pero si se convierte en la respuesta permanente de una sociedad entera, termina produciendo una consecuencia grave: nadie se siente responsable de aquello que pertenece a todos.

La educación pública se deteriora, pero cada familia intenta resolverlo como puede. La comunidad enfrenta un problema, pero nadie quiere involucrarse. Se comete una injusticia contra alguien, pero los demás prefieren mantenerse al margen mientras no les afecte directamente. Las instituciones dejan de funcionar correctamente, pero la reacción predominante es buscar una solución individual.

Así, poco a poco, la sociedad comienza a fragmentarse.

Una nación no es simplemente un grupo de personas que habitan el mismo territorio. Existe una verdadera vida social cuando las personas son capaces de reconocer intereses compartidos y asumir alguna responsabilidad por ellos. Eso no significa pensar igual ni estar de acuerdo en todo. Significa comprender que existen problemas que ningún individuo puede resolver completamente por sí solo.

Una familia puede resolver algunos de sus problemas privados, pero no puede reconstruir por sí misma un sistema educativo. Un empresario puede crear oportunidades, pero no puede sustituir completamente instituciones confiables. Un ciudadano puede actuar con honestidad, pero no puede garantizar por sí solo que exista justicia. Para enfrentar problemas comunes necesitamos instituciones, pero también necesitamos personas dispuestas a participar, colaborar y exigir que esas instituciones funcionen.

Por eso, una sociedad fuerte necesita algo más que individuos capaces de resolver sus propios asuntos. Necesita ciudadanos que comprendan que **la vida privada y la vida pública no están completamente separadas.**

Lo que ocurre en el espacio público termina, tarde o temprano, entrando en la casa de todos.

2. La desconfianza también destruye comunidad

La confianza es uno de esos elementos que pocas veces valoramos mientras existe, pero cuya ausencia transforma profundamente la vida social.

Confiar no significa ser ingenuo ni creer que todas las personas actuarán siempre correctamente. Significa tener una expectativa razonable de que podemos relacionarnos, colaborar y establecer acuerdos sin vivir permanentemente a la defensiva.

Cuando la confianza se deteriora, todo se vuelve más difícil.

Las personas comienzan a preguntarse cuáles son las verdaderas intenciones de los demás. Una conversación puede interpretarse como una amenaza. Una diferencia de opinión puede convertirse rápidamente en sospecha. Una iniciativa puede ser cuestionada antes incluso de conocer sus objetivos. Quien propone algo puede ser visto como alguien que

busca protagonismo, poder o algún beneficio oculto.

En una sociedad que ha vivido años de polarización y autoritarismo, esta desconfianza no aparece de la nada. Las personas pueden haber tenido experiencias que les enseñaron a ser cautelosas. Han visto cómo las relaciones personales se mezclan con conflictos políticos, cómo algunas personas cambian de posición por conveniencia o cómo la información puede utilizarse para perjudicar a otros.

Pero existe una diferencia entre aprender a ser prudentes y construir una cultura en la que resulta imposible confiar en nadie.

Una sociedad que no confía tiene dificultades para organizarse. Las personas no comparten información, no delegan responsabilidades y dudan antes de colaborar. Los proyectos dependen entonces de esfuerzos individuales y terminan desapareciendo cuando esas personas se cansan o se retiran.

Esto plantea un desafío importante para Nicaragua. La recuperación de la confianza no ocurrirá mediante un discurso. Tendrá que construirse lentamente, a través de experiencias concretas.

Se recupera confianza cuando las personas cumplen lo que prometen. Cuando una organización explica claramente lo que hace. Cuando se reconocen los errores. Cuando existe respeto incluso en medio de las

diferencias. Cuando alguien demuestra, con hechos, que no busca utilizar a los demás.

También se recupera cuando aprendemos a hacer una distinción fundamental:

no todas las personas que piensan diferente son enemigas, y no todas las personas que comparten nuestras ideas son necesariamente confiables.

Una sociedad madura necesita superar ambos extremos: la ingenuidad y la sospecha permanente. Necesita desarrollar criterios, pero también mantener abierta la posibilidad de colaborar.

Sin un mínimo de confianza, será difícil construir cualquier proyecto colectivo que sobreviva más allá del entusiasmo inicial.

3. El país no puede dividirse para siempre entre “los de aquí” y “los de allá”

La crisis nicaragüense también ha producido una fractura humana que será imposible ignorar en el futuro: la distancia entre quienes permanecen dentro del país y quienes han tenido que salir de él.

Millones de experiencias individuales se encuentran detrás de esa división. Hay quienes salieron por persecución política. Otros buscaron oportunidades económicas o reunirse con sus familias. Muchos han vivido ambas cosas al mismo tiempo: las consecuencias de una crisis

política y la necesidad de encontrar una forma de sobrevivir.

Sin embargo, con el paso del tiempo pueden aparecer incomprensiones mutuas.

Quienes permanecen en Nicaragua pueden sentir que quienes están fuera ya no conocen completamente la realidad cotidiana del país. Pueden pensar que hablar desde la distancia es más fácil cuando no se enfrentan los mismos riesgos. Por otro lado, quienes viven en el exilio pueden sentir frustración al observar desde lejos lo que ocurre y experimentar impotencia por no poder participar directamente en la vida del país.

Ambas experiencias son reales. Y ninguna debería utilizarse para descalificar a la otra.

El futuro de Nicaragua no podrá construirse enfrentando a quienes permanecieron con quienes tuvieron que irse. Tampoco será útil establecer una competencia sobre quién ha sufrido más o quién tiene mayor derecho a opinar sobre el país.

Nicaragua necesitará a quienes están dentro y a quienes están fuera.

Quienes permanecen conservan experiencias, vínculos y conocimientos directos sobre la realidad cotidiana. Quienes viven en otros países han adquirido, en muchos casos, nuevas experiencias, conocimientos

profesionales y perspectivas que también pueden ser valiosas. Muchos mantienen además una relación económica y afectiva fundamental con sus familias y comunidades.

La distancia no elimina la pertenencia.

El reto será crear puentes y evitar que las diferencias de experiencia se conviertan en nuevas formas de división. Esto requerirá humildad de ambas partes. Quienes están fuera deberán reconocer que no viven las mismas condiciones que quienes permanecen dentro. Y quienes están dentro deberán reconocer que el exilio no significa necesariamente desconexión ni indiferencia.

Una comunidad nacional puede ser más amplia que un territorio.

En el futuro, uno de los grandes desafíos será reconstruir la relación entre una Nicaragua que permaneció y una Nicaragua que se dispersó por el mundo. No será sencillo. Habrá heridas, resentimientos y diferencias de perspectiva. Pero precisamente por eso será necesario comenzar desde ahora a recordar una idea básica:

No existen dos Nicaraguas condenadas a competir entre sí. Existe un mismo país que ha sido profundamente fragmentado y que algún día tendrá que volver a encontrarse.

4. Recuperar el “nosotros” no significa pensar todos igual

Cuando hablamos de recuperar comunidad, existe un riesgo: imaginar una sociedad en la que todos comparten las mismas ideas y persiguen los mismos objetivos.

Eso no solamente es imposible. Tampoco sería deseable.

Una sociedad libre necesita diferencias. Necesita personas con distintas convicciones políticas, religiosas, económicas y culturales. El problema no es la existencia de esas diferencias. El problema aparece cuando dejamos de reconocer al otro como parte de una comunidad común.

Una democracia sana no se construye eliminando el desacuerdo. Se construye aprendiendo a manejarlo.

Durante demasiado tiempo, Nicaragua ha vivido una cultura política donde la diferencia puede transformarse rápidamente en enemistad. La lógica es conocida: quien no está completamente conmigo está contra mí. Quien critica una idea debe pertenecer necesariamente al otro bando. Quien reconoce algo positivo en una persona considerada adversaria es inmediatamente sospechoso.

Esa forma de pensar puede ser útil para quienes desean mantener una sociedad dividida. Pero es destructiva para quienes necesitan reconstruirla.

Nicaragua necesitará una cultura política diferente. Una cultura donde sea posible defender convicciones firmes sin negar la

dignidad de quienes piensan distinto. Donde el desacuerdo no sea automáticamente interpretado como traición. Donde las personas puedan cambiar de opinión sin ser destruidas por ello.

Esto será especialmente importante en la política. Ninguna organización democrática puede aspirar a representar a toda la sociedad si considera que solo existe una manera legítima de pensar.

El pluralismo no es una debilidad. Puede ser una fuente de aprendizaje, siempre que exista un acuerdo básico sobre ciertas reglas: respeto por la dignidad de las personas, rechazo a la violencia como instrumento político y reconocimiento de que ningún grupo debe tener derecho a imponer indefinidamente su voluntad sobre todos los demás.

Recuperar el “nosotros”, por tanto, no significa borrar las diferencias.

Significa comprender que **podemos tener diferencias profundas y, aun así, compartir una responsabilidad frente al país.**

Hay asuntos en los que probablemente nunca existirá consenso total. Pero habrá otros en los que será necesario construir acuerdos: cómo garantizar que el poder tenga límites, cómo recuperar instituciones, cómo proteger derechos y cómo evitar que las futuras diferencias políticas vuelvan a destruir la convivencia nacional.

El “nosotros” no exige uniformidad.

Exige reconocer que el futuro común es demasiado importante para reducirlo a una sola identidad, una sola generación o una sola manera de pensar.

5. La comunidad comienza cuando dejamos de esperar que otro haga todo

Existe una tendencia comprensible en sociedades cansadas: esperar que aparezca alguien capaz de resolver los problemas.

Un nuevo líder.

Un gobierno diferente.

Una figura internacional.

Una organización.

Un grupo de expertos.

Todos pueden cumplir una función importante. Nicaragua necesitará buenos liderazgos y personas preparadas para asumir responsabilidades. Pero ningún líder, por capaz que sea, puede sustituir permanentemente a una ciudadanía activa.

Cuando toda la responsabilidad se deposita en unos pocos, el resto de la sociedad corre el riesgo de convertirse en espectadora. Se espera que los dirigentes decidan, que las organizaciones actúen y que otros encuentren las soluciones. Luego, cuando los resultados no son los esperados, aparece nuevamente la frustración.

Una sociedad democrática necesita una relación diferente entre liderazgo y ciudadanía. Los ciudadanos necesitan líderes, pero los líderes también necesitan ciudadanos capaces de pensar, participar y exigir.

La pregunta, entonces, no debería ser únicamente *“¿quién va a hacer algo por Nicaragua?”*.

También debería ser:

¿Qué puedo hacer yo, junto con otros, dentro de mis posibilidades?

Las respuestas pueden ser muy diferentes. Una persona puede aportar desde su profesión. Otra puede participar en una organización comunitaria. Alguien puede ayudar a formar a jóvenes. Otra persona puede estudiar los problemas del país y aportar ideas. Algunos decidirán involucrarse directamente en organizaciones políticas.

No existe una única manera de participar.

Lo importante es abandonar la idea de que la acción colectiva siempre debe comenzar en otra parte.

A veces, recuperar comunidad comienza con algo tan sencillo como volver a conversar. Escuchar a alguien con quien no estamos completamente de acuerdo. Participar en un espacio donde se discuten problemas comunes. Ofrecer una capacidad profesional. Apoyar una iniciativa seria. Ayudar a conectar a personas que podrían trabajar juntas.

Estas acciones pueden parecer pequeñas frente a los enormes problemas de un país. Pero las sociedades no se reconstruyen únicamente mediante grandes acontecimientos.

También se reconstruyen mediante miles de decisiones cotidianas en las que las personas dejan de pensar exclusivamente en sí mismas y comienzan a reconocer que pueden aportar algo a otros.

Eso es comunidad.

No una multitud que piensa igual.

Sino personas diferentes que descubren que existen responsabilidades que solo pueden asumir juntas.

Para reflexionar

Recuperar la comunidad no es una tarea que pueda imponerse desde arriba. Depende de instituciones, por supuesto, pero también de la forma en que cada persona decide relacionarse con quienes la rodean.

Vale la pena detenerse ante algunas preguntas:

- ¿Hasta qué punto la desconfianza me ha llevado a aislarme de otras personas?
- ¿He llegado a pensar que, por no compartir todas mis ideas, alguien no puede ser un aliado en ningún tema?

- ¿Qué relación tengo con los problemas de mi comunidad: observo, critico o busco alguna forma de aportar?
- ¿Estoy dispuesto a escuchar a personas cuya experiencia de Nicaragua es diferente de la mía?
- ¿Qué capacidades o conocimientos podría poner al servicio de una iniciativa colectiva?
- ¿Qué tipo de relación quiero que exista, en el futuro, entre los nicaragüenses que viven dentro y fuera del país?

Estas preguntas no tienen respuestas simples. Pero son necesarias porque la reconstrucción de Nicaragua exigirá algo más que un cambio de autoridades.

Exigirá recuperar la capacidad de actuar juntos.

Ningún ciudadano reconstruirá Nicaragua solo

Una sociedad fragmentada puede tener muchas personas capaces y, aun así, sentirse impotente frente a sus problemas. El talento individual es importante, pero no sustituye la capacidad de colaborar. Las buenas ideas pueden existir, pero necesitan personas dispuestas a discutirlos, mejorarlos y convertirlas en acciones. Los liderazgos pueden abrir caminos, pero necesitan una

ciudadanía que no se limite a observar desde la distancia.

Por eso, uno de los grandes desafíos de Nicaragua será recuperar el sentido de pertenencia a una comunidad nacional. Esto no significa olvidar las diferencias, negar las heridas o exigir una reconciliación superficial. Significa reconocer que ningún sector podrá construir por sí solo el país que viene.

Habrán diferencias políticas. Habrán debates sobre economía, justicia, instituciones y prioridades sociales. Es normal. Incluso será saludable que existan.

Lo que no podemos permitir es que esas diferencias nos hagan olvidar algo fundamental: **compartimos un país y, de una u otra manera, también compartiremos las consecuencias de las decisiones que tomemos sobre su futuro.**

La dictadura y la crisis pueden fragmentar a una sociedad. Pueden sembrar desconfianza, aislamiento y desesperanza. Pero esos efectos no tienen por qué convertirse en nuestro destino permanente.

Recuperar el “nosotros” será una tarea lenta. Comenzará con pequeños espacios de confianza, con conversaciones honestas y con personas dispuestas a colaborar sin exigir coincidencia absoluta.

Y también comenzará cuando cada ciudadano deje de preguntarse únicamente qué pueden hacer otros por

el país y se atreva a considerar una pregunta distinta:

¿Con quién puedo construir algo que, por mí solo, nunca podría construir?

Porque ningún ciudadano reconstruirá Nicaragua solo.

Pero tampoco habrá una Nicaragua nueva si todos decidimos esperar, aislados, a que alguien más la reconstruya por nosotros.



www.viacivica.org